

Prefacio

Una entidad observaba el horizonte desde la cima de algo que no tenía sustancia, sin embargo, era estable como una roca, al menos desde aquella dimensión. La entidad percibió singulares luces que no eran estrellas, pero que se movían por aquel firmamento; aparecían, atenuaban y finalmente se fundían en un océano de pensamientos, muy lejos por el horizonte.

Aquel horizonte era tan surrealista como el universo del observador, la vacuidad o el reino carente de forma. Cada emoción, pensamiento, recuerdo y tendencia eran parte de aquel océano, de vidas pasadas, desde tiempos sin principio. Había un cielo donde el brillo de la luz clara de la consciencia se reflejaba en sus aguas calmas, y en otros lugares, las nubes de las emociones decaían en zonas sombrías, aquellas donde la luz de la consciencia es reemplazada por la oscuridad de las perturbaciones.

Desde esas aguas sombrías, una perturbación generaba una tendencia que claramente derivaría en el caos, su oleaje acumulaba vida tras vida una cadena de causas y efectos, y se estaban dando las condiciones para que se manifestara, de forma inminente, en alguna vida que terminaría en tragedia y provocaría un gran retroceso en el camino hasta ahora recorrido.

—¿Estás contemplando otro de esos pensamientos?

—Una voz surgió en la mente del observador.

—Sí, así es —respondió.

Una brisa proveniente de diversos puntos del espacio convergió como un remolino hacia un punto singular, concentrando la energía hasta formar un suave punto de luz que terminó ubicándose al lado de su compañero.

—¿Y qué harás al respecto?

—¿Te refieres a aquella perturbación? —Le hizo una seña en dirección hacia una región del océano, donde se levantaba un oleaje amenazante.

—Esa misma —respondió la segunda entidad—. Creo que te dará mucho trabajo corregirlo.

—Así es. Queda poco tiempo y creo que necesitaré ayuda.

—Será un gusto poder ayudarte con eso.

—¿Aunque tengamos que volver a ese mundo?

—Siempre hay algo nuevo por aprender.

—Creo que venías a decirme algo.

—Sí, se trata de una nueva consciencia, esta puede provocar un impacto en tus futuros renacimientos, y hacer que tu propósito se postergue.

—Lo he percibido también, viene de otro mundo. ¿Qué intención tendrá?

—Debe tener un propósito importante, pero esto nos involucra a ambos, ya que va a interactuar con más de una de nuestras manifestaciones.

—Necesitará de nuestra guía.

—Por eso he venido a ayudarte.

—Entonces ya está decidido.

—Vamos, pues —lo alentó a dar un paso— y que sea para beneficio de todos los seres sintientes.



El Cazador Nocturno

—¡Ya *po'*, David, ven a la mesa que se enfría la comida!

—¡Quiero esperar a mi papi! —respondió el hijo—. Aparte que está *regüena* la tele —añadió en voz más baja, a fin de no ser escuchado por su madre. Se tuvo que levantar igual, pues su serie favorita «Batman» entró en comerciales.

—¿Hiciste tus tareas de matemáticas? —insistió su madre, acercándole un plato humeante de porotos, al mismo tiempo que miraba, angustiada, el reloj sobre la pared.

—¿A qué hora llegará papá? —David se mostró un tanto aburrido.

David era un niño como cualquiera a sus diez años; hijo de un chofer de *micro* y una dueña de casa. No se destacaba en el colegio, pero aun así, siempre se las ingeniaba para pasar de curso. Vicioso de la TV y de los dibujos animados, nunca se perdía un capítulo de Batman, y era coleccionista obsesivo de sus cómics. Pese a que tenía la colección completa, no se cansaba de leerlos una y otra vez. De pocos amigos, solo jugaba a la pelota y a los héroes y bandidos. Lo que David no sabía era que, a partir de esa noche, ya no volvería a ser el mismo.

La tranquilidad se vio interrumpida cuando unos golpes tocaron la puerta y su mamá, con su plato en mano, fue a abrirla. De la oscuridad de la noche surgió la silueta de un oficial de carabineros en servicio, que con la gorra en sus manos y semblante grave, le dirigió unas palabras que David

no comprendió por el volumen de la TV, pues lo había subido al retorno de comerciales. A pesar de tener el cuello torcido para seguir viendo la historia de la infancia de su héroe favorito, su atención se centró en su madre y el visitante. De pronto, las manos de ella soltaron el plato. David presenció todo en cámara lenta y apretó los ojos al mismo tiempo que el golpe anunció el choque del plato contra el suelo, esparciendo varios pedazos de loza y comida sobre el piso. Cuando volvió a mirar a su madre, tenía las manos en el rostro y un llanto desgarrador brotó de su corazón roto.

En la memoria de David quedaron los recuerdos de aquellas imágenes en que Batman —siendo un niño—, intentaba salvar en vano a su padre que yacía en el suelo mientras el villano huía con su botín.

o o o

Diez años después, ya cumplidos los veinte, David volvió de la universidad a su casa y tiró los cuadernos al sillón para darle un beso a su madre y luego tomó asiento frente a la mesa.

—¿Cómo te fue en tus exámenes, *mijito*?

—Un 3,0 en Estadística, un 3,8 en cálculo diferencial, un 4.0 en Probabilidades y un 3,7 en Geometría Analítica. En resumen, creo que voy a pasar este semestre.

—Tienes que estudiar más, David... Si tu padre viera esas notas, ¡te daría de correazos!

—¡Ya córtala, mamá!, no soy ningún niño. Además, me estoy esforzando, y si estudio, es para no terminar como chofer de micro. —Al decir esto, David no midió que sus palabras hirientes le dolerían más a él que a su madre.

El semblante de su madre se volvió grave, ella no dijo nada, solo bajó la mirada y se dirigió a la cocina. La tensión generada en ese momento le incomodaba a David. Diez años habían pasado desde que perdió a su padre y eso aún quedaba en la memoria de ambos. Y aún permanecía la tercera silla en la mesa, la que era de su padre, la que observaba día tras día, esperando que algún día volviera.

Su madre volvió de la cocina con un plato de comida y se lo dejó encima.

—No le vuelvas a hablar así a tu madre, ya que este plato de comida ya no te lo trae tu padre, me lo tengo que ganar yo, con ayuda de tu tía Margarita, para que comas y estudies. —María estaba muy molesta y después agregó—: Y nosotras no somos choferes de micro, y sabes muy bien que hacemos lo imposible para que salgas adelante. Ahora come.

Tras terminar, David se retiró a su habitación para estudiar y escuchar a Iron Maiden con sus audífonos a todo volumen, pero en lugar de concentrarse, solo se sintió muy desgraciado.

Cuando sonó el teléfono, su madre se apuró en contestar. Del otro lado, una voz le preguntó por su hijo. Ella arrugó la cara y tapó el auricular.

El Espejo de Indra

—¡Hijo, te llama Antonio! —Esperó un momento, pero nadie respondió. Su molestia fue evidente—. ¡David, deja esos audífonos! ¡David!

La madre soltó el teléfono y fue hasta la habitación de su hijo. Golpeó la puerta, furiosa.

—¡David, te llaman por teléfono! ¡Te estoy gritando hace rato!

Los golpes obligaron a David a quitarse los audífonos de inmediato.

—¡Ya voy!

David contestó y esperó a que su madre se apartara.

—¿Aló? ¡Guaípe! ¿Como *estai po'*, mono *e'guaípe*? Oh sí, pasé raspando Estadística, ¡no me la podía creer! ¿Qué? ¿Que *vai* a hacer una completada en tu casa? ¡Obvio que voy *po'*! Ya, *oka*.

Cuando cortó el teléfono, su madre se le acercó.

—¿Qué quería? —dijo con disimulada curiosidad.

—En su casa van a hacer una completada, me voy en un rato más.

—¡Pero si acabas de llegar!

—¡Vive lejos, mamá!

—Ya, ok. No llegues tarde, que no me gusta la calle cuando es tan de noche, y las *micros* se retiran temprano, ya que con tanta delincuencia en las calles...

—Sí, mamá —le dio un beso en la frente—, no te preocupes que me sé cuidar bien.

El tiempo transcurrió rápido en la casa de su amigo y, cuando reparó en la hora, decidió dar por terminada su

participación. Ya tenía varias cervezas en el cuerpo y le había bajado el sueño.

—Se me pasó la hora, Guaipe, así que me voy — dijo, preocupado.

—Por la hora, puedes quedarte si quieres —le dijo su amigo.

—Noo. Gracias, pero no quiero dejar a mi vieja sola, le prometí llegar temprano.

—¡Tss! ¡A esta horita no va a estar muy feliz! Además vives al otro extremo de Santiago.

—Sí, lo único que quiero es irme de esa *pobla*, es un infierno, sobre todo llegar en la noche allí. Si no te asaltan al bajarte de la *micro*, se suben a *cogotearte*. A mi viejo lo mataron por tres lucas que llevaba en el bolsillo, ya que no se dieron cuenta que la máquina ocupaba un cobrador automático y... —No acabó la frase cuando lo interrumpió su amigo.

—¡Oye, ahí viene tu micro! No puedes perderla porque es la última. Lamento mucho lo de tu padre, pero es algo que deberías dejar ya en el pasado.

—Sí, tranquilo que ya lo tengo superado. ¡Te aviso cuando llegue a mi casa! —dijo David, al momento de subirse a la micro.

La micro iba llena, con gente de todo tipo; hombres de oficina, una que otra secretaria de falda corta y sugerente, más de alguna vieja gorda y el típico borracho dormido sobre el hombro de una dama elegante y con cara de fastidio.

En el trayecto sobre el gran Santiago, subía y bajaba más gente; vendedores ambulantes, payasos y quienes

pedían plata a cambio de un trágico discurso. A medida que se iba desocupando, David tomó asiento bien atrás y aprovechó de escuchar a Metallica en su personal estéreo, pensando en la última conversación con su amigo, divagando con la idea de qué pasaría si su padre lo hubiese visto llegar ebrio a su casa alguna vez. Poco a poco se fue quedando dormido, hasta caer en un profundo sueño.

Los movimientos de la micro lo hicieron imaginar que estaba dentro de un cohete, y en el sueño sintió hasta la vibración del fuselaje de la nave. «10, 9, 8...». Logró escuchar una cuenta regresiva dentro del casco que llevaba puesto. La emoción que le embargaba le provocaba un nerviosismo tal, que le parecía todo muy real. «3, 2, 1...». Un estallido seguido de un empujón lo dejó hundido en su asiento. La aceleración del artefacto, sumado a la vibración, apenas dejaba posibilidad de observar por una diminuta ventanilla cuánta luz se reflejaba por el fuego, para luego en segundos oscurecer. Otros tres individuos lo acompañaban, e iban también sujetos cada uno en sus asientos. No pasaron muchos minutos hasta sentir la paz y tranquilidad que ofrecía la ingravidez. No había pasado una hora cuando escuchó un escándalo, los gritos provenían de unos jóvenes que estaban amontonados al lado del chofer. David miró a su alrededor y se dio cuenta de que era el último pasajero. Al percatarse de que la situación se había tornado peligrosa, decidió esconderse detrás del asiento. Su corazón aumentó las palpitaciones, sintió miedo y un escalofrío le recorrió la espalda.

—¡No me mate, por el amor de Dios, tengo tres hijos que...! —El chofer no alcanzó a terminar de hablar.

—¡La plata! ¡Pasa la plata, viejo *culiao!* —gritó el

que parecía ser mayor y no superaba los quince años. Los otros hurguetearon la caja y todos los rincones donde podría haber dinero.

David, desde su escondite, vio que uno de ellos le dio un manotazo en la cabeza al chofer, mientras otro lo amedrentaba con un revólver.

—¡Dinos dónde está plata, viejo *conchetumadre*! ¡Si quieres vivir, dinos dónde mierda está!

David se paralizó. No comprendía qué ocurría consigo mismo. El pánico lo estaba consumiendo y no fue capaz de hacer nada. La pelea se transformó en golpes y gritos. En el forcejeo se escucharon unas monedas caer al suelo. La discusión siguió un par de minutos más y luego, tras una pausa, David escuchó el impacto de un cuerpo caer al suelo, después unas patadas sobre él y luego vino el silencio. Un jadeo, apenas perceptible, emergió del chofer y cesó desde que los jóvenes arrancaron.

David se demoró en despabilar. Todo su cuerpo estaba tenso y caminó torpe y vacilante. Las luces se habían apagado. Se detuvo al llegar hasta el chofer, que estaba inmóvil y con una mueca de dolor en el rostro. Como David conocía el funcionamiento de las micros, encendió las luces y entonces vio con mayor detención el cuerpo y un charco de sangre a su alrededor.

Fue entonces que recordó todo. Aquel día, su madre salió corriendo de la casa, y él la siguió, vio cómo su madre lloraba a gritos dentro de la *micro* de su padre, y había un montón de gente alrededor, entre vecinos y otros curiosos. A él no lo dejaron subir a la *micro*, aunque creyó haber visto

un cuerpo tirado en el pasillo de la máquina. No entendía lo que ocurría, ni menos por qué toda esa gente lo miraba con lástima.

Una tos lo sacó de su trance, era el chofer que luchaba por su vida y este, al mirar al joven, empezó a gritar de pánico.

David tomó su celular y marcó el 133 y rápidamente informó lo que ocurría. La operadora le dio instrucciones de abrigar al herido y no retirarse del lugar.

No tardó en llegar la patrulla, y al poco una ambulancia. Tuvo que quedarse todo el tiempo desde que llevaron al herido hasta que llegara el fiscal encargado de la zona para hacerle una preguntas, después lo llevaron a la comisaría para prestar una declaración de lo ocurrido y finalmente lo fueron a dejar a su casa pasadas las 4:00 de la madrugada.

Su madre lo esperaba con la luz encendida, dormitando en el sillón de la casa. La TV ya había terminado sus transmisiones y él la apagó. Su madre despertó al escuchar un ruido.

—¿Estas son horas de llegar?! —Se incorporó, un tanto alterada, con el pelo enmarañado y la cara con el rímel corrido. Se notaba que había llorado.

Su madre hizo un movimiento y David cerró los ojos, pensando que le iba a pegar, pero —a cambio de eso— lo abrazó y comenzó a sollozar.

—¿Qué le pasa, mamá? —preguntó, preocupado.

—Hay algo que no te he contado, hijo.

—Dígame...

—El delincuente que mató a tu padre, fue apresado a la semana siguiente, había entrado a robar a una casa. Era un adicto a la pasta base, y robaba para drogarse; al ser capturado, confesó su participación en el crimen, ya que tu padre fue atacado por más de uno. A los meses después, fue absuelto por ser menor de edad. Y hasta hoy nunca se supo de él; vive en la más completa impunidad —dijo y David pudo ver la frustración en sus ojos.

David no logró dormir esa noche, ver a ese hombre tirado en el pasillo era como ver a su padre agonizando. Toda esa violencia desatada en esos cortos segundos debió ser interminable para su padre en esos últimos instantes de vida. Pensó en todo lo que hubiera podido hacer por su padre de haber estado ahí, quizás si hubiera hecho algo por el pobre hombre y evitar toda esa tragedia, habría salvado la vida al chofer y quizás habría terminado por ver a sus hijos y su mujer. Un privilegio que le fue arrebatado por una maldición que azota a la juventud: la droga, la delincuencia. Un odio, nunca sentido antes, brotó en lo más profundo de su ser, invadiendo su mente y envenenando su corazón.

o o o

A la mañana siguiente, no lo dudó y pescó sus ahorros, que no eran pocos, y se metió a una academia de Karate, al tiempo al *Tae Kwon Do*, *Ninjutsu*, *Kung Fu*. Practicaba todos los días sin descanso, y así todo lo que